

¿UN REINO MÁS PARA LA MONARQUÍA?
FELIPE IV, IRLANDA Y LA GUERRA CIVIL INGLESA,
1641-1649

*One more kingdom for the Monarchy? Philip IV, Ireland
and the English Civil War, 1641-1649*

RAFAEL VALLADARES

Instituto de Ciências Sociais. Universidad de Lisboa.

RESUMEN: La segunda mitad del reinado de Felipe IV (1640-1665) continúa siendo un "período oscuro". Sin embargo, fue durante aquellos años cuando la Monarquía Hispánica tuvo que afrontar la crisis decisiva de su continuidad como potencia europea, y ante una nueva coyuntura que la política exterior tradicional de los Austrias españoles no fue capaz de superar con éxito. La actitud de Felipe IV ante la rebelión irlandesa de 1641 mostró el intento de adaptación de Madrid a sus fuerzas reales, pero sólo para dirigirlas hacia unos objetivos mucho más ambiciosos, y con resultados negativos. Las décadas centrales del siglo XVII —más que los años de Olivares— fueron las que señalaron el fracaso terminal de Madrid en la escena europea.

ABSTRACT: The second half of the reign of Philip IV (1640-1665) is still an "obscure period". Nevertheless it was during that years when the Hispanic Monarchy had to confront the decisive crisis of continuity like european power, and faced with a new conjuncture that the traditional foreign policy of the Spanish Habsburgs could not overcome. The attitude of Philip IV before the Irish Rebellion in 1641 showed the attempt of Madrid to adapt to his real force, but only to direct it towards very much ambitious objectives, and with negative results. That period —more than Olivares's years— decided the failure of Madrid on the european scene.

Poco después de la sublevación de Irlanda, en octubre de 1641, dos caballeros ingleses comentaban con satisfacción que ni España ni Francia, debido a sus abultados compromisos, podrían volver sus ojos hacia los rebeldes de la isla vecina¹. Para Londres, esto suponía la posibilidad de aplastar en breve la nueva rebelión, en realidad, la segunda que sufría la monarquía Estuardo tras el levantamiento escocés de 1638, o más bien la tercera ante el ritmo que estaban tomando los acontecimientos del conflictivo *Long Parliament*, abierto a disgusto por Carlos I en septiembre de aquel mismo año. Sin embargo, aquellos temores acerca de la capacidad española para saltar al escenario irlandés estaban poco fundados en la realidad. De hecho, la crisis anglo-irlandesa de 1641-49 supuso para los Habsburgo españoles una oportunidad frustrada para intervenir seriamente en Irlanda y culminar así la política tradicional sostenida por Madrid desde Felipe II. En su conjunto, lo sucedido entonces demostró la debilidad de una Monarquía Hispánica en crisis, desbordada por una cadena de sublevaciones y, sobre todo, atrapada en la contradicción de continuar una política exterior de gran potencia pero para la cual carecía de recursos. Resulta difícil negar que la incapacidad de Madrid para sustituir sus prácticas imperialistas por otras menos arriesgadas ayudó, más que ningún otro factor, al declive definitivo de los Austrias españoles.

1. EIRE, HACIA LA SUBLEVACIÓN

En torno a 1600 la situación política y social de Irlanda era muy compleja. Por entonces, el reino de Eire, cuyo *lordship* o señorío había sido otorgado en 1155 a los monarcas ingleses, formaba un mosaico de cuatro grupos sociales heterogéneos. En primer lugar, estaban los irlandeses nativos, de cultura gaélica y de religión católica, que constituían el grueso de la población. Les seguían los denominados *Old English* ("Antiguos Ingleses"), descendientes de los conquistadores anglo-normandos llegados a la isla en el siglo XII y asentados en el litoral sureste —el área denominada *Pale*—, con centro en Dublín. Eran también católicos en su inmensa mayoría. En tercer lugar estaban los *New English* ("Nuevos Ingleses"), es decir, los representantes de la segunda oleada de colonos —de credo anglicano— enviados por Londres en el siglo XVI; su espacio era también el *Pale*. Finalmente, existía una minoría de escoceses protestantes en el territorio nordeste de Antrim, regalo de Jacobo Estuardo a sus primeros súbditos².

1. *Calendar of State Papers (CSP), Domestic Series, 1641-1643*, p. 159. Henry Robinson a Sir Henry Mildmay, 5/XI/1641.

2. CANNY N.P.: "Identity Formation in Ireland: The Emergence of the Anglo-Irish", en *Colonial Identity in the Atlantic World, 1500-1800*. Princeton, 1987, pp. 159-165, y FOSTER, R.F.: *Modern Ireland, 1600-1972*. Londres, 1988, pp. 7-9 y ss. La necesaria renovación de la historiografía sobre Eire, afectada bien por el excesivo nacionalismo de los autores irlandeses, bien por el anglo-centrismo británico, ha comenzado a ser llevada a cabo por los historiadores arriba citados. Véase al respecto el ensayo dedicado a esta corriente revisionista por CAIRNS, D.: "Recent Irish Histories", en *History Workshop*, 31

El dominio inglés sobre Irlanda había sido más nominal que efectivo. Durante las guerras civiles del siglo XV los contactos entre Londres y su gobierno delegado en Dublín se habían reducido al mínimo, para satisfacción de éste último. Cuando los Tudor, a mediados del XVI, intentaron recuperar la isla, descubrieron que sus primitivos colonos, los *Old English*, habían sido absorbidos por la cultura gaélica, y que sus intenciones no coincidían enteramente con las de quien les había enviado allí cuatro siglos antes. La ruptura de Enrique VIII con Roma complicó aún más la situación, al dividir a los súbditos de ambas islas en católicos y anglicanos. Para los irlandeses, nativos y *Old English*, la afirmación de su catolicismo se transformó en un magnífico instrumento para mantener su autonomía hasta donde fuera posible. La reacción de la Corona fue una hábil combinación de rigor y suavidad. En 1541, Enrique VIII, tras confirmar los derechos de posesión de tierras a los colonos ingleses y a los terratenientes nativos, logró que todos le reconocieran como *King of Ireland*. Esta política culminó con la concesión de títulos de nobleza a algunos de ellos, los primeros "nobles" de Irlanda. Esta solución pactada tenía su origen en la debilidad de las facciones rivales que dividían la isla, las mismas que deseaban beneficiarse del reconocimiento teórico de una autoridad superior a todas ellas, siempre y cuando el monarca se mantuviera prudentemente alejado del reino. No obstante, la Corona, en su lucha por recuperar el dominio sobre Irlanda, había obtenido su primera gran victoria.

No es posible ignorar el papel jugado en esta lucha por la distinta percepción que tenían los habitantes de Hibernia y los de Britania sobre sus respectivas culturas. Para los ingleses de los siglos XVI y XVII los irlandeses representaban el salvajismo y la barbarie. Tal juicio de valor era la consecuencia de su incapacidad para comprender las peculiaridades culturales de los habitantes de Irlanda, en donde, fuera del *Pale* —e incluso dentro de éste— la cultura gaélica conservaba aún una fuerza irritante para Londres. La persistencia de una lengua distinta y difícil y de un código legal propio eran sólo una parte del problema. El escaso desarrollo de la economía, basada en la agricultura y el pastoreo de subsistencia, limitaba el uso de la moneda, lo que constituía una barrera para la introducción de impuestos por y para la corona. A ello se unía la informalidad de los enlaces sociales, debido a la superficialidad del catolicismo irlandés de entonces³. No era extraño, pues, que los *Old English* llegados en el siglo XII se hubiesen asimilado a los incomprensibles gaélicos en muchos aspectos. Y es fácil entender también por qué motivo la administración inglesa en la isla se veía impotente para actuar.

No obstante, bajo los Tudor la Corona había iniciado una firme política para recuperar Irlanda. Las razones eran diversas: patrimoniales, económicas, estratégicas y culturales. Se trataba de garantizar la autoridad regia en el territorio, de explotarlo y de asegurar que los puertos situados al otro lado del canal de San

(1991), pp. 156-162. El mismo FOSTER ha escrito sobre estos nuevos planteamientos: "History and the Irish Question", en *Transactions of the Royal Historical Society* (5th series), 33 (1983), pp. 169-192, y "We are all Revisionists Now", en *The Irish Review*, 1 (1986), pp. 1-5.

3. FOSTER.: *Modern Ireland*, pp. 9-30.

Jorge no fueran una amenaza para Londres. Bajo Isabel I, desde luego, el aspecto "defensivo" de la cuestión irlandesa se había revelado esencial. Por último, existía un componente psicológico en la relación anglo-irlandesa que se traducía en el complejo de superioridad de los "civilizados" anglosajones frente a los "salvajes" gaélicos.

Así, desde 1550 una segunda oleada de ingleses había comenzado a tomar posiciones dentro del aparato administrativo del *Pale*⁴. Protestantes, más terratenientes que funcionarios, se sentían superiores a los irlandeses y a los *Old English*, a quienes acusaban de haberse gaelizado. Estos últimos, a pesar del cambio operado en sus costumbres, también rechazaban a la población nativa⁵. Así, el enfrentamiento surgía a tres bandas: los gaélicos, amenazados por la extensión del *Pale*; los *Old English*, temerosos de que los nuevos colonos —dirigidos por la Corona— les sustituyeran en Dublín; y, por último, los *New English*, deseosos de acaparar más tierras y controlar la administración. En este contexto, las diferencias religiosas —los dos primeros grupos eran católicos, el tercero protestante— convertían a Irlanda en un polvorín.

En efecto: de los varios alzamientos protagonizados por los gaélicos bajo Isabel I, el más significativo fue el de Hugh O'Neill, conde de Tyrone, en 1594. Al coincidir con la fase más aguda de la guerra hispano-inglesa, esta sublevación adquirió para Londres un peligro hasta entonces desconocido. Madrid, claro es, aprovechó la oportunidad para organizar la célebre expedición de Juan de Águila. El desembarco español en Kinsale (1601) fracasó respecto a su principal objetivo —mantener viva la sublevación anti-isabelina—, pero confirmó los viejos temores de Londres sobre el papel que una Irlanda mal sometida podía jugar en las guerras contra los enemigos continentales⁶. Tras la derrota de los irlandeses, Tyrone se exilió a Roma, pero su colaborador más cercano, Rory O'Donnell, acudió a pedir perdón a Isabel, quien se lo concedió. En 1603 Jacobo I le otorgó el título de conde de Tyrconnell, que O'Donnell aceptó, una prueba más de la ambigüedad practicada por la nobleza gaélica desde la era Tudor. Poco después, sin embargo, Tyrconnell se exilió en España, mientras un sobrino del legendario conde de Tyrone, Owen Roe O'Neill, pasaba a Flandes para servir bajo los Habsburgo. Allí seguiría hasta 1641.

En cualquier caso, el año 1603 marcó una divisoria palpable en las relaciones anglo-irlandesas. Tras el fin de una guerra que había arruinado el tesoro real y que, a pesar de la victoria, no garantizaba la estabilidad en la isla, Londres precisaba encontrar una solución "definitiva" al problema. En consecuencia, la Corona decidió proceder a la colonización absoluta de Eire, comenzando por el norte (el temido Ulster), patrimonio expropiado a la vencida nobleza gaélica —ahora parcial-

4. Sobre este período véase la obra colectiva *Natives and Newcomers. The Making of Irish Colonial Society, 1534-1641*, Dublín, 1986.

5. CANNY.: *op.cit.*, pp. 161-162.

6. SILKE, J.J.: *Kinsale. The Spanish intervention in Ireland at the end of Elisabethan wars*. Liverpool, 1970.

mente exiliada— y epicentro de la insurrección de 1594. La hora de las *plantations* masivas había llegado. La población local fue expulsada o contratada por sus nuevos dueños. Se fundó, como prometedor centro de negocios, el puerto de Londonderry, y se permitió el establecimiento de una nutrida colonia de escoceses en las tierras norteñas de Antrim. La propaganda inglesa hablaba por doquier de esta "Nueva Cartago" donde, no obstante, ser católico se había convertido en un estigma propio de rebeldes papistas, como la experiencia, al fin y al cabo, había demostrado. No es extraño que los gaélicos y los *Old English* comenzaran a unirse frente a los nuevos ocupantes⁷.

La Corona iba a aprovechar esta situación para fortalecer su autoridad en Irlanda. Bajo los reyes Estuardo se comenzó a aplicar en la isla la legislación inglesa sobre el derecho de propiedad de la tierra y a elevar los impuestos, al tiempo que la política religiosa de Londres amenazaba el catolicismo irlandés, tolerado hasta entonces. Hacia 1630, por tanto, existían tres elementos de la política de Londres que preocupaban en Irlanda: el fomento de las plantaciones (que afectaba negativamente a los *Old English* y a los gaélicos), el progresivo centralismo regio (que desagradaba a todos), y la cuestión religiosa, que afectaba a la mayoría católica de la isla⁸. La labor del nuevo *Lord Deputy* de Irlanda, Thomas Wentworth, no mejoró la situación, pues su objetivo era reforzar la autoridad de la corona. En realidad, sus años de gobierno —de 1633 a 1641— consolidaron la idea de que Irlanda iba hacia un estallido general⁹.

La lucha entre Carlos I y el Parlamento de Londres fue vista por los irlandeses como la ocasión idónea para recuperar posiciones. La estrategia a seguir era sencilla: consistía en aliarse con el rey y desligarse de la cámara inglesa, a la que se le negó toda jurisdicción sobre Eire¹⁰. Esta actitud animó al monarca a inclinarse del lado de los irlandeses, sobre todo de la mayoría católica, lo que obligó a los colonos protestantes a echarse en brazos del Parlamento. Las consecuencias comenzaban a perfilarse: el bando más fuerte, formado por los *New English* y el Parlamento de Londres, se unió para eliminar a los grupos católicos, gaélicos y *Old English*. Estos últimos, por su parte, habían llegado a la misma conclusión respecto a los colonos protestantes. Así, Irlanda se situaba en el ojo del huracán de la mayor crisis política de la era Estuardo. En plena tormenta, el recurso a la violencia parecía la única salida¹¹.

7. Para este período, FOSTER.: *Modern Ireland*, pp. 59-78; MOODY, R.: *The Londonderry Plantation, 1609-1641: The City of London and the Plantation of Ulster*. Dublín, 1939; GILLESPIE, R.: *Colonial Ulster: The Settlement of East Ulster, 1600-1641*. Cork, 1985; y MACCARTHY-MORROGH, M.: *The Munster Plantation: English Migration to Southern Ireland, 1583-1641*. Oxford, 1986.

8. FOSTER.: *Modern Ireland*, pp. 52-55; CANNY.: *op.cit.*, pp. 185-190; RUSSELL, C.: *The Causes of the English Civil War*. Oxford, 1990, pp. 18-19, 26-27, 32 y 53-54. Véase, de este mismo autor, "The British background to the Irish Rebellion of 1641", en *Historical Research*, 61 (1988), pp. 166-182.

9. Véanse KEARNEY, H.: *Strafford in Ireland, 1633-41: A Study in Absolutism*. Manchester, 1961. Y RANGER, T.O.: "Strafford en Irlanda: una revaloración", en *Crisis en Europa, 1560-1660*. Madrid, 1983 (1961), pp. 281-303.

10. COONAN, T.L.: *The Irish Catholic Confederacy and the Puritan Revolution*. Dublín, 1954, pp. 3-16.

11. Pueden consultarse los trabajos de CLARKE, A.: "Ireland and the General Crisis", en *Past and Present*, 48 (1970), pp. 79-99, y "Genesis of the Ulster Rising of 1641", en *From Plantation to Partition*

El 22 de octubre de 1641, un considerable número de irlandeses, dirigidos por cabecillas locales, se sublevó en los condados del Ulster, dándose paso a una espantosa matanza de más de 2.000 colonos protestantes. La mayor parte de los *Old English* se sumaron a la revuelta, aunque no consiguieron tomar Dublín. El parlamento inglés comenzó a vociferar sobre una terrorífica conspiración "papista" sobre la que llevaba años advirtiendo. A partir de aquel momento la historia de la rebelión de Eire se confunde con la de la Guerra Civil inglesa y, al menos respecto a Irlanda, no hubo ninguna duda sobre la alineación de bandos: los sublevados estaban por el rey, los colonos protestantes en favor del Parlamento.

Aquel conflicto iba a tener enormes consecuencias debido a la complejidad de sus orígenes. De hecho, no se trataba de una sublevación "irlandesa", es decir, de carácter "nacional", sino más bien de un movimiento de protesta violenta organizado por los propietarios gaélicos y *Old English* con vistas a preservar sus dominios territoriales y sus derechos políticos¹². Precisamente a causa de su carácter conservador y particularista la rebelión de 1641 iba a llamar la atención de las potencias europeas, atraídas por la posibilidad de negociar con los grupos dirigentes de la isla.

2. MADRID Y EL «RISING» DE 1641

La facilidad con que Londres solía identificar el malestar irlandés con las conjuras papistas hizo levantar de inmediato sospechas sobre las posibles conexiones entre el embajador español, D. Alonso de Cárdenas —en Inglaterra desde 1638—, y los sublevados. A esto ayudó la tradicional y abultada presencia de religiosos irlandeses en la legación española¹³. Tales rumores tenían su lógica, pues el recuerdo de la asistencia española a los rebeldes del período isabelino no estaba muy lejos. Obviamente, Irlanda había representado siempre un peligro potencial para Londres desde el momento en que la inestabilidad de la isla podía provocar una intervención extranjera. Desde el siglo XVI Francia y España habían luchado para ganar influencias en Eire, pero hasta la fecha habían sido los Habsburgo los vencedores de este pulso. Sin embargo, la paz anglo-española de 1604 obligó a Madrid a no entrometerse demasiado en los asuntos de Irlanda. Así, Felipe IV, a comienzos de su reinado, se negó a intervenir en favor de los irlandeses cuyas tierras habían sido confiscadas bajo la política de *plantations*, desoyendo la promesa hecha por los afectados de actuar como "quinta

(P. Roebuck y J.L. McCracken eds.). Belfast, 1981, pp. 115-145; también GILLESPIE, R.: "The end of an era: Ulster and the outbreak of the 1641 rising", en *Natives and Newcomers*, pp. 191-214.

12. FOSTER.: *Modern Ireland*, pp. 79-80, y CLARKE.: "Ireland and the General Crisis", p. 98.

13. Véanse, por ejemplo, los pagos efectuados por Cárdenas a los frailes irlandeses de su embajada: Archivo General de Simancas (AGS), Contaduría Mayor de Cuentas (CMC), Tercera Época, legajos 3512 y 3517.

columna" pro-Habsburgo si Madrid atendía su petición. A fin de cuentas, el *Rey Católico* podía elegir cuándo lo era y cuándo no¹⁴.

Durante los años 1630, a medida que la política del virrey Wentworth encrespaba los ánimos de la población, Francia y España volvieron a encontrarse en el escenario irlandés. La isla, debido a sus limitaciones económicas, no podía absorber su elevado crecimiento demográfico, lo que la convertía en un centro ideal de reclutamiento. La guerra hispano-francesa agudizó la necesidad de soldados a partir de 1635, y desde esta fecha París y Madrid se vigilaban mutuamente a través de sus agentes en Eire. Aquel año, ante la noticia de que Richelieu intentaba apartar de Felipe IV a los señores irlandeses, Olivares ordenó abortar la maquinación francesa desde Flandes a través de los condes de Tyrone y Tyrconnell. Estos nobles comandaban, desde su exilio en los Países Bajos españoles, los tradicionales tercios de soldados traídos de Eire. Por lo demás, según se decía, disfrutaban de "gran séquito y autoridad en Irlanda", lo que les convertía en los ejecutores perfectos para "conservar la devoción" de sus habitantes en favor de Felipe IV. Mantener la isla como cantera de hombres era, como reconocía Madrid, algo esencial en aquellos momentos¹⁵. Sin embargo, el problema se complicaba a causa del *lobby* francés que actuaba en Londres junto a la reina Enriqueta María. Ésta y su hermano Luis XIII luchaban para obtener del papa el nombramiento de obispos pro-franceses para las diócesis de Irlanda, donde el papel de la Iglesia Católica era muy considerable. La respuesta de Madrid fue ordenar a su embajador en Roma que presionase sobre la Santa Sede con el fin de que se nombrasen prelados favorables a los Habsburgo, con especial preferencia hacia "los educados en España, habiéndose probado ser de grandísima conveniencia tener aquella isla dispuesta para servir de freno y mordaza a Inglaterra"¹⁶.

Por tanto, quienes pensaban que D. Alonso de Cárdenas había intervenido en el "octubre irlandés" estaban en lo cierto, aunque ignoraban de qué modo había tenido lugar su participación. En realidad, lo único que por entonces había preocupado al embajador español había sido la organización de varias levadas de irlandeses con destino a la Península, donde, tras las sublevaciones de Cataluña y Portugal en 1640, se reclamaba el envío urgente de soldados. En mayo de aquel año, Cárdenas informó a Bruselas de la posibilidad de contratar un grupo de irlandeses que acababa de ser licenciado por el exhausto tesoro de Carlos I. Cuando el Cardenal Infante D. Fernando, desde su puesto de Gobernador de Flandes, autorizó la propuesta —pues el dinero tendría que salir de los fondos asignados a los Países Bajos—, Cárdenas comenzó a actuar¹⁷.

14. Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN), Estado (E), Libro 722, Memorial del Reino de Irlanda (impreso). Sin fecha, pero de 1623.

15. AGS, E, leg. K-1417, Consejo de Estado, 14/I/1635.

16. AHN, Osuna, Cartas, 616, 90-8, "Breve resumen en que se muestra lo mucho que importa al Real Servicio de Su Majestad Católica el que los Obispos de Irlanda y Prelados sean muy afectos y descendientes de su Corona". Sin fecha, hacia 1645.

17. AGS, CMC, Tercera Época, leg. 2533, el Cardenal Infante a D. Alonso de Cárdenas, Bruselas, 31/V/1641.

En el verano de 1641, fray Buenaventura Barry, irlandés y confesor del embajador español, fue enviado a Dublín con 2.000 libras en oro y otras 8.000 más en letras expedidas por un comerciante de Londres, Denick Hoste, para hacerlas efectivas en Dublín por John Luce, su correspondiente. Con estos fondos, Barry, mediante la colaboración de diez coroneles irlandeses, reclutó 8.000 soldados en la isla. A últimos de septiembre las tropas se hallaban reunidas en los puertos a la espera de los navíos que las conducirían hasta España. Fue entonces, el 22 de octubre de 1641, cuando "sucedio impensadamente la sublevación de aquel reino, a la cual cooperó toda la gente que los dichos maestros de campo habían levantado y tenían pronta para embarcar"¹⁸. Cuando la noticia del alzamiento llegó a Londres, Cárdenas decidió enviar inmediatamente otro agente, el borgoñón Francisco Foissote, para recuperar las letras que Barry había llevado. Tanto en Londres como en Dublín, "se achacó al dicho Padre Barry el accidente de sublevarse Irlanda, por decir que con el pretexto y dinero de la leva había movido y sublevado a la gente"¹⁹. En Londres, convencido el populacho de la complicidad de Madrid en los sucesos de Irlanda, se produjeron disturbios ante la residencia de Cárdenas, mientras el Parlamento ordenó interceptar su correspondencia por si se hallaban pruebas de su responsabilidad en el alzamiento²⁰.

Foissote, ya en Irlanda, logró encontrar a Barry en su escondite. Éste le confesó que había agotado todo el dinero que había traído consigo, dado que los coroneles irlandeses, encargados de realizar las levas, le habían exigido pagar por adelantado el importe de la recluta. Barry, con el fin de que su negativa no sirviese de excusa para entorpecer la misión, accedió a ello, en lo que, por cierto, no se había apartado un ápice de las instrucciones de Cárdenas²¹. Poco después, Barry encontró la muerte a manos de los protestantes del Ulster. Todo parece indicar que tanto Cárdenas como su atareado confesor fueron objeto de una trampa organizada por el grupo de irlandeses que preparaba la sublevación. Incluso es posible sugerir que ésta se vio acelerada por la generosa lluvia de más de 10.000 libras enviadas por D. Alonso desde Londres. Años después, el embajador español todavía intentaba disculparse ante la real hacienda de Felipe IV por aquella cuantiosa pérdida contable, alegando que no estaba en su mano "ni en la de las personas que se enviaron a Irlanda impedir un accidente fortuito como fue la sublevación de aquel reino"²².

18. *Ídem*, "Declaración de D. Francisco Foissote, Consejero y Agente de Su Majestad en Irlanda". Sin fecha.

19. *Ídem*, "D. Alonso de Cárdenas sobre la pretensión de que se le hagan efectivas 2.452 libras". Sin fecha.

20. LOOMIE, A.J.: "D. Alonso de Cárdenas and the Long Parliament, 1640-1648", en *English Historical Review*, 383 (1982), pp. 289-307, en especial p. 293.

21. Los nombres de los coroneles irlandeses con los que el Padre Barry debía tratar eran los siguientes (transcritos como aparecen en la documentación): D. Juan Barry, D. Dermisio Obrein, D. Juan Butler, D. Ricardo Plunquet, D. Gerardo Barry, D. Jorge Porter, D. Thomas Butler, D. Juan Breminghan, D. Diego Dilon y D. Teobaldo Ta Affe. AGS, CMC, Tercera Época, leg. 2533, "Copia de la Instrucción que se dio al Padre Buenaventura Barry para su viaje a Irlanda", Londres, 8/VII/1641.

22. *Ídem*, "D. Alonso de Cárdenas sobre la pretensión...".

Si, por lo que parece, Madrid sólo había tenido una participación indirecta en el "raising" irlandés, Felipe IV no podría ignorar, a partir de ahora, los asuntos de Eire. Los rebeldes surgidos a espaldas de Inglaterra —y frente a ella— carecían de un rey propio para legitimar su nueva situación. No obstante, en el sur del continente y en el corazón de Iberia, existía para los irlandeses un monarca muy poderoso y que descendía de antiguos protectores de la isla. Tal vez la solución fuera él mismo.

3. INTERVENCIONISMO Y CONTENCIÓN

En noviembre de 1641 Carlos I nombró virrey de Irlanda a James Butler, conde de Ormonde, con el fin de apaciguar la revuelta. Cuando estalló la guerra civil en Inglaterra a primeros de 1642, Ormonde quedó en medio de una difícil situación: imposibilitado para llegar a un acuerdo con los protestantes del Ulster, tampoco despertaba demasiada confianza entre los irlandeses y los *Old English*, quienes, finalmente, se dividieron. Estos últimos se pusieron de parte de Ormonde en Dublín, mientras los nobles y prelados gaélicos formaron, en octubre de 1642, su propio gobierno en Kilkenny bajo el nombre de "Católicos Confederados". Era el tercer poder que surgía en Eire después de la sublevación²³. Durante la guerra Kilkenny y Dublín no llegaron nunca a un acuerdo efectivo contra el Parlamento.

Naturalmente, la vieja tradición española de asistir a Irlanda hacía sospechoso a Felipe IV de querer aprovechar la situación. Sin embargo, la intervención Habsburgo en la isla —bajo la justificación retórica de defender el catolicismo— había tenido como principal objetivo hostigar a Londres desde su retaguardia más débil. Pero ahora, una vez abierta la guerra civil, Felipe IV sólo deseaba disfrutar de la neutralidad inglesa para mantener a Albión fuera del escenario europeo y utilizar sus puertos como lugar de intercambios comerciales y financieros. En otras palabras, una Irlanda sublevada que no sirviera para reforzar cualquiera de estos dos propósitos representaba un estorbo. El asunto, pues, consistiría en encauzar el alzamiento irlandés de manera que éste permitiera a Madrid el disfrute de los beneficios tradicionales de la isla —levas de soldados— sin alterar sus objetivos respecto a Inglaterra. Así, el gobierno de Felipe IV se percató de que una discreta ayuda a los rebeldes no contradecía estos fines, antes bien, los garantizaba, pero siempre y cuando Madrid supiera desplegar con habilidad el arte de un "intervencionismo contenido". Por otra parte, el recibimiento que Carlos I había dispensado en 1641 a los embajadores del nuevo rey de Portugal, D. João IV —un usurpador para los Habsburgo— había despertado en Madrid los deseos de devolver la jugada al monarca Estuardo.

En el verano de 1642, el enviado del rey inglés ante Felipe IV presentó su primera protesta por la asistencia de armas y municiones que, según le constaba, los

23. El relato clásico sobre los avatares del gobierno de Kilkenny es la obra ya citada de COONAN.: *The Irish Catholic Confederacy*.

irlandeses estaban recibiendo desde Dunquerque y otros puertos cantábricos españoles. Aquello, argumentaba, suponía violar el tratado anglo-español de 1630²⁴. Madrid ignoró todas las protestas de los años siguientes²⁵. La actitud de Felipe IV había sido perfectamente calculada. A fines de 1642, el monarca recibió el primer mensaje de los Católicos Confederados de Kilkenny por medio del agustino fray James Talbot²⁶. Su objetivo era lograr, por supuesto, ayuda material para la revuelta pero, al mismo tiempo, el sagaz fraile aprovechó para informar a Felipe IV que sus compatriotas deseaban "con sumo ardor" que el Rey Católico añadiese "algún ornamento nuevo a ese título, tomando el amparo de este Católico Reino de Irlanda". En un decreto dirigido a la Junta de Estado, el monarca ordenó que se estudiaran las atrevidas propuestas de Talbot, "teniendo presente lo que el rey de Inglaterra ha hecho en las cosas de Portugal, admitiendo embajador del Tirano y haciendo ligas con él"²⁷. Con tan sutil comentario, Felipe IV sugería que la puerta para asistir clandestinamente a los irlandeses debía quedar franca²⁸.

Sin duda, el temor a una excesiva influencia francesa en Eire preocupaba en España. En diciembre de 1643, Talbot presionó más a Madrid recordando al rey Habsburgo que los franceses estaban siendo mucho más generosos que los roñosos españoles y que, a causa de ello, Irlanda acabaría por entregarse "a quien la acudiere". Como vía para llegar a un acuerdo mutuamente beneficioso, Talbot proponía a Felipe IV que reclutase más tropas en la isla para facilitar dinero al gobierno de Kilkenny. Aunque el monarca no tomó ninguna decisión, el pulso entre Madrid y París por el control de Eire no había hecho más que empezar²⁹.

En toda esta cuestión la presencia del virrey Ormonde en Dublín era esencial. Ganado por la facción francesa que años antes había existido en Londres, sus intentos para atraerse a los Católicos Confederados adquirirían, automáticamente, un significado que superaba —como bien sabía Madrid— la simple alineación de éstos con el bando realista de la guerra civil. Seguramente este fue el motivo por el cual el Cardenal Infante, desde Bruselas, permitió a Owen Roe O'Neill —"Don Eugenio" para los españoles— pasar a Irlanda a comienzos de 1642. La presencia de un agente "español" en la isla parecía fundamental en aquellos momentos³⁰. Sin embargo, poco después de llegar, O'Neill chocó con el gobierno de Kilkenny a

24. AGS, E, leg. 2522, Consejo de Estado, 30/VIII/1642, y AGS, E, leg. 2525, "Relación de armas y asistencias que piden los católicos de Irlanda". Sin fecha, pero de 1642.

25. AGS, E, leg. 2058, Consejo de Estado, 19/IX/1643.

26. COONAN.: *op.cit.*, p. 148.

27. AGS, E, leg. 2525, Real Decreto, Zaragoza, 12/X/1642.

28. La vía más segura para asistir a los sublevados fue la del nuncio de Roma en Irlanda. En 1642 se le enviaron 12.000 ducados —con la advertencia de que no debían saber nada de ello ni el rey Estuardo ni el Parlamento—, y otros 20.000 escudos "de socorro" dos años después. AGS, E, leg. 2525, Consejo de Estado, 24/IX/1644. Tres años más tarde continuaban llegando las ayudas: AGS, E, leg. 2523, Consejo de Estado, 6/VII/1647.

29. AGS, E, leg. 2522, Consejo de Estado, 22/XII/1643.

30. Sobre "Don Eugenio", véase, aunque insuficiente, la obra de TAPIA OZCARIS, E.: *Eugenio O'Neill, caudillo de la independencia de Irlanda*. Madrid, 1969.

causa de su ambición y su radicalismo frente a Dublín. Mientras se ocupaba de hacer la guerra en el Ulster, la llegada a Irlanda del nuevo nuncio de Roma vino a enredar más aún la madeja de las desavenencias internas.

Giovanni Battista Rinuccini arribó a Dublín en octubre de 1645 con la misión de proteger los intereses de la Iglesia Católica en la isla. La restauración del culto romano en Irlanda y, sobre todo, la recuperación de las rentas eclesiásticas confiscadas por los protestantes eran parte esencial de sus objetivos³¹. Nada más llegar, se entendió mejor con O'Neill que con los Confederados de Kilkenny, a quienes consideraba peligrosamente dispuestos a pactar con Ormonde. Debido a que la "conexión Ormonde" implicaba estrechar lazos con Francia, la táctica de Rinuccini y O'Neill consistió en ganarse el favor de Felipe IV.

Don Eugenio ya se había adelantado a Rinuccini para buscar las asistencias de Madrid. A comienzos de 1645, dos emisarios de O'Neill habían llegado a la corte española para negociar en secreto una serie de proposiciones. La primera consistía en facilitar al Rey Católico la recluta de tropas en los puertos del Ulster. La segunda era proclamar a Felipe IV rey de Irlanda, recordándole las "grandes ventajas" que la isla ofrecía para su Monarquía, tales como sus puertos —magníficas bases para hostigar la navegación holandesa— y sus recursos —madera y hierro—. Para realizar aquellos planes (y vencer posibles resistencias) lo único que se precisaba era efectuar un desembarco inmediato de tropas españolas³².

Felipe IV ordenó estudiar aquellas propuestas a fray Juan de San Agustín, "encargado de las cosas de Irlanda". En su respuesta, los objetivos de la política Habsburgo respecto a Eire se revelaban con toda crudeza. Sólo dos cosas interesaban a Madrid de aquella isla: continuar la recluta de soldados y mantener una relación cordial con los Católicos de Kilkenny, únicos que habían colaborado con eficacia para el fin anterior. Si Madrid les provocaba, sus contactos con Ormonde podían derivar hacia una peligrosa alianza entre ambos y de todos ellos con Francia. Por lo demás, señalaba fray Juan, los ofrecimientos de O'Neill no pasaban de promesas. Promesas, pues, es lo que Felipe IV debía ofrecerle, instándole a regresar al frente de los Países Bajos donde su liderazgo y valía lo reclamaban por momentos. Obviamente, Don Eugenio comenzaba a representar una molestia para Madrid³³.

En septiembre de 1645 Madrid decidió enviar a Kilkenny al secretario D. Diego de la Torre con dos objetivos: reclutar 4.000 soldados y convencer a los Confederados de que mantuvieran su amistad con España "sin mezclarse en otras dependencias" —en clara alusión a las levas que los franceses estaban haciendo en la isla—³⁴. En efecto, D. Diego debía transmitir a los Católicos de Kilkenny la

31. HYNES, M.J.: *The Mission of Rinuccini, Nuncio Extraordinary to Ireland, 1645-1649*. Lovaina, 1932. En especial, pp. 15-31, donde se da cuenta con detalle de las instrucciones que el nuncio había recibido de Roma.

32. AGS, Guerra Antigua (GA), leg. 1566, D. Miguel Gallo y D. Andrés Bandensten a Felipe IV, Madrid, 14/I/1645.

33. *Ídem*, Junta de levas de Irlanda, 1 y 19/II/1645.

34. AHN, E, leg. 3455, Instrucción para D. Diego de la Torre, Zaragoza, 17/IX/1645.

protesta de Felipe IV por este gesto de histórica ingratitud³⁵. Los 12.000 escudos que debía repartir entre algunos "particulares" servirían para asegurar la fidelidad hacia el monarca español. Pero no fue así. En el verano de 1646 las gestiones de D. Diego habían fracasado, para desesperación de Madrid y Bruselas. La causa era la "poca disposición" a colaborar que mostraba el gobierno de Kilkenny debido a las presiones de Francia³⁶. Un año más tarde los informes del secretario español hablaban de una situación más que preocupante. Si bien el acercamiento entre los Católicos de Kilkenny y Ormonde era ya pura utopía, aquella desunión, precisamente, era la que estaba facilitando que la presión ejercida por los protestantes del Ulster —todavía frenados por O'Neill—, estuviera a punto de producir la entrega de Dublín al Parlamento de Londres. Lo único que ahora se podía intentar, opinaba De la Torre, era ganarse la amistad de Ormonde para reducir la influencia francesa en la isla. El agente español ya había intentado atraerlo al servicio de Felipe IV, sin lograrlo. Pero lo que realmente desesperaba a De la Torre era la ausencia de órdenes de Madrid y la falta de dinero para hacer frente al avance de Francia en la isla. "Lo cierto es —se quejaba— que los franceses ganan los afectos de esta nación y la apartan de Vuestra Majestad. Sus fragatas van y vienen cada día con despachos, y yo no tengo forma de advertir de lo que sucede"³⁷. Dado que en el verano de 1647 la Monarquía española estaba paralizada por las sublevaciones de Nápoles y de Sicilia, en octubre de aquel año se decidió que la salida más honrosa sería prometer a los irlandeses "esperanzas de asistirles a la larga". En tanto, Madrid planeaba enviar otro emisario para organizar nuevas reclutas³⁸. Lo cierto es, sin embargo, que la política de "intervencionismo contenido" en Irlanda comenzaba a hacer aguas. Tal vez fuese tiempo de nuevas soluciones.

4. ¿UN AUSTRIA EN DUBLÍN?

No era en Dublín, ni tampoco en Kilkenny o en Londres donde tenía lugar la lucha por la posesión de Irlanda, sino en Roma y en torno al pontífice Inocencio X. A comienzos de 1647, el conde de Oñate, embajador español ante la Santa Sede, había recibido un despacho de Felipe IV informándole de que Irlanda "quedaría a disposición del papa". Al parecer, esta circunstancia sería aprovechada por la facción antifrancesa del gobierno de Kilkenny para rogar al Santo Padre que conce-

35. "En esto han faltado a la obligación que tienen a mi Corona, de la que siempre han recibido tantos beneficios con grandísimo gasto de estos Reinos. Y ninguno de sus naturales que de allí ha salido ha dejado de hallar en la Real Liberalidad de mis Progenitores amparo y asistencia, además de los Colegios que en España se han fundado para crear personas de doctrina católica en aquellos naturales, de donde ha resultado la conservación de Nuestra Santa Fe en aquel Reino". *Idem*.

36. Archives Générales du Royaume, Bruselas (AGR), Secretaría de Estado y Guerra (SEG), Libro 236, fol. 59, Felipe IV al marqués de Castel Rodrigo, Zaragoza, 30/VI/1646, y fol. 136v, del mismo al mismo, 28/VIII/1646.

37. AGS, E, leg. 2523, D. Diego de la Torre a Felipe IV, 6/V/1647.

38. *Idem*, Consejo de Estado, 26/X/1647.

diese la isla a Felipe IV o a D. Juan José de Austria, el hijo bastardo del monarca español. El objetivo de quienes se atrevían a apuntar tan alto era eliminar para siempre las pretensiones de Francia sobre la isla³⁹.

La iniciativa, pues, de transferir la corona irlandesa de los Estuardo —herederos de la infeudación llevada a cabo por Roma en 1155— a los Habsburgo había partido del sector gaélico contrario a pactar con Ormonde. En otras palabras, quienes estaban detrás de aquella maniobra eran el nuncio Rinuccini y O'Neill. Éste, como sabemos, ya había enviado un agente a Madrid en 1645 para negociar la proclamación de Felipe IV como rey de Irlanda, tal vez con la intención de cerrar así las divisiones entre los sublevados —aunque, naturalmente, privilegiando a la facción anti-Ormonde—. Ahora, en 1647, el asunto debía ser reconsiderado a causa de la mayor presión francesa en la isla y ante el triunfo del Parlamento en la guerra civil: unos u otros podían arrebatarse a Madrid aquella cantera de soldados y asestar, de paso, un sonoro golpe a la reputación del Rey Católico.

En abril de aquel año llegó a Roma un emisario irlandés de parte del nuncio Rinuccini. A juicio de éste, según decía su mensaje, ninguna salida a la crisis irlandesa sería mejor que la infeudación de aquella corona en la Monarquía de Felipe IV. La primera reacción del papa fue pensar con horror en la agria respuesta que daría Francia ante semejante atrevimiento⁴⁰. Naturalmente, la provocación al gobierno de Mazarino no podía ser mayor. Pero Oñate, al ver que Madrid no daba orden de dar marcha atrás, comenzó a tomarse demasiado en serio la posibilidad de engastar la esmeralda irlandesa en la ya algo oxidada corona del rey Felipe.

El embajador español contactó con el enviado de Rinuccini, ya dispuesto a abandonar Roma. Éste le manifestó que el deseo de muchos de sus compatriotas era ver como rey de Irlanda no a Felipe IV, sino "al Señor D. Juan de Austria, por el gusto de tener Rey propio en el Reino" y para no despertar en Europa excesivas animadversiones. Asimismo, aseguró a Oñate que el designio podría llevarse a cabo en un año y con un coste de 500.000 ducados, cifra exorbitante, aunque necesaria, para financiar la guerra contra el Parlamento y Ormonde y para atraerse a la facción pro-realista de Kilkenny. Pero, oficialmente, esta no era la misión encargada por Inocencio X al ayudante de Rinuccini. Como también éste confesó a Oñate, el papa sólo le había entregado 50.000 ducados para el gobierno de Kilkenny, al que debía convencer de que era imposible para Roma seguir costeando aquella guerra de resistencia. Así, la única salida consistía en que los Católicos Confederados manifestasen al papa "por qué Corona se inclinaban" con el fin de estudiar una posible infeudación, con toda probabilidad —aunque no se citaba— en favor de España o de Francia. Sin embargo, gracias a las maquinaciones de Oñate todo estaba preparado para, a partir de aquí, asegurar el triunfo de la candidatura española. Cuando la noticia de la opción por Felipe IV llegase a Roma —arrancada de los irlandeses mediante todas las promesas que fueran precisas—, el Santo Padre llamaría a consultas a un sorprendido y reticente embajador espa-

39. AGS, E, leg. 3017, Consejo de Estado, Madrid, 16/VII/1647.

40. *Ídem*, el conde de Oñate a Felipe IV, Roma, 3/IV/1647.

ñol. Para vencer su afectada negativa a aceptar aquella corona en nombre de su señor, el papa tendría que conceder primero al Rey Católico la facultad de imponer nuevos tributos a la Iglesia española, con el fin de poder sufragar con holgura "estos gastos de la empresa de Irlanda". La trama de Oñate era redonda⁴¹.

Para Madrid, en cambio, las cosas habían ido demasiado lejos. No por culpa de Oñate, quien, al fin y al cabo, había demostrado una habilidad fuera de lo común para orquestar aquella comedia de disimulaciones. Era el gobierno de Felipe IV quien había jugado con fuego hasta quemarse a costa de una guerra laberíntica como la que estaba asolando a Irlanda. Si desde 1640 la Monarquía había iniciado su fase terminal como gran potencia, el año 1647 representaba el menos oportuno para ensayar nuevas aventuras. Las rebeliones de Cataluña y Portugal, la guerra contra Francia, la peste que azotaba el sureste español y la aguda crisis de la hacienda regia —en octubre se declararía una sonora suspensión de pagos—, todo ello, en fin, no permitía pensar en futuras campañas de anexión.

En julio, Felipe IV decidió convocar a su Consejo de Estado para resolver de una vez por todas la cuestión de Irlanda. Expuesto el caso ante una reducida asamblea —un Consejo de marqueses: Leganés, Villafranca, Valparaíso y Torreleguna—, todos estuvieron de acuerdo por unanimidad: la "empresa de Irlanda" debía desestimarse por el inmenso riesgo de fracaso que implicaba, por su inabordable coste y por el peligro de provocar una guerra con el rey Estuardo o, lo que aún resultaría peor, contra el Parlamento. Aliviado, Felipe IV asintió: "No estamos en tiempo de conquistar nuevos reinos, sino de recuperar los perdidos y mantener los propios"⁴². Aunque en la consulta no se citaban las sublevaciones de Nápoles y Sicilia ocurridas a principios de julio (y, por tanto, aún no conocidas en Madrid), es fácil suponer que el nuevo ciclón desatado en Italia ayudaría a desvanecer poco después cualquier sueño de expansionismo gaélico.

A partir de entonces el intervencionismo español en Irlanda se reveló más incómodo que nunca. El triunfo del Parlamento, cada vez más cercano, aconsejaba evitar cualquier estorbo en las relaciones Londres-Madrid. En 1648 Felipe IV decidió enviar a Kilkenny al conde de Biraben, irlandés exiliado en España, con una misión de máximo secreto. Una vez allí, Biraben encontró a De la Torre desesperado ante la división que reinaba entre los Católicos Confederados y O'Neill⁴³. El implacable nuncio Rinuccini, principal responsable de la falta de entendimiento entre Kilkenny y Dublín, se disponía a volver a Roma y a abandonar a Don Eugenio a su suerte⁴⁴. En este ambiente la inesperada llegada de Biraben hizo nacer todo tipo de especulaciones. Aunque él aseguraba haber venido para acelerar las levas que De la Torre estaba preparando, nadie le creyó. La principal sospecha por parte de los Confederados era que Biraben tenía órdenes de Madrid

41. *Ídem*, el conde de Oñate a Felipe IV, Roma, 18/IV/1647.

42. *Ídem*, Consejo de Estado, Madrid, 16/VII/1647.

43. Biblioteca Nacional de Madrid (BNM), Ms. 1443, fols. 111v-112, D. Alonso de Cárdenas a Felipe IV, Londres, 12/III/1649.

44. HYNES: *op.cit.*, pp. 247-259.

para intentar que O'Neill, en nombre del gobierno de Kilkenny, pactase la paz con el Parlamento antes de que éste conquistara toda la isla. La ejecución de Carlos I en enero de 1649 empeoró más las cosas. En Kilkenny se acusó a Felipe IV de traidor a la causa irlandesa y aliado del Parlamento, pues se comentaba con indignación el silencio que la Casa de Austria había guardado durante el juicio del monarca británico. Se rumoreaba también que Cárdenas, desde su embajada en Londres, mantenía contactos con O'Neill para lograr el mismo objetivo que se atribuía al extraño Biraben. La situación se hizo tan peligrosa que éste decidió embarcar para España en la primavera de 1649. Aunque la documentación no permite saber cuál fue su verdadera misión en Irlanda, todo parece indicar que las sospechas de sus enemigos no se hallaban muy descaminadas⁴⁵.

La rebelión irlandesa iba a terminar muy pronto. En el verano de 1649 —el año de la muerte de O'Neill— el ejército de Oliver Cromwell culminó la reconquista de Irlanda con una violencia extrema. En Madrid, los enviados del nuevo rey Carlos II intentaron desesperadamente que Felipe IV solicitara del papa el apoyo de Roma para los resistentes irlandeses. El monarca español aceptó pero, eso sí, a cambio de mantener en secreto su intervención para evitar la protesta del Parlamento, ya victorioso y arrogante⁴⁶. De hecho, un grupo de presbiterianos había asaltado la embajada española en Londres para exigir a Cárdenas la entrega de los fondos que, según se decía, había recibido para sostener a los irlandeses⁴⁷.

Si Felipe IV pensaba librarse para siempre de Irlanda, lo cierto es que la agnía de aquella sublevación iba a golpear aún la conciencia de su gobierno durante algunos años. En 1652 llegó a Madrid un nuevo mensaje de la resistencia gaélica para ofrecer al monarca español "ser aclamado como Rey y Señor de Irlanda". La respuesta de Madrid, una vez más, fue la indiferencia⁴⁸. Un año después se supo algo más sobre lo ocurrido en 1647. Al parecer, la mano oculta de Francia había sido la responsable de impedir la llegada a Kilkenny de una considerable suma de dinero enviada por el papa a los sublevados. Con esta ayuda se pensaba convencer al rey español para que aceptara, al menos, ser "Protector de Irlanda" y para que nombrara a su hijo general de un ejército irlandés. Tal vez fue ésta la última solución pensada por O'Neill y Rinuccini para superar el rechazo de Felipe IV a adquirir un reino más para su Monarquía⁴⁹. Última o no, todavía en 1660 los ecos

45. AGS, E, leg. 2524, el conde de Biraben a Felipe IV, Madrid, 28/V/1649.

46. AHN, Osuna, Carpetas, 14, pieza 18, Felipe IV al duque del Infantado, Madrid, 14/III/1650, y AHN, Osuna, leg. 1981, 67-1, del mismo al mismo, Aranjuez, 3/V/1650.

47. AGS, Embajada de España en La Haya (EEH), Libro 473, fol. 167, D. Alonso de Cárdenas a Antonio Brunn, Londres, 28/I/1650. El diplomático español, que atribuyó este incidente al dominio de los presbiterianos en el Parlamento, recibió cumplidas excusas del *Mayor* de Londres y del mismísimo general Thomas Fairfax.

48. AGS, E, leg. 2528, el conde de Peñaranda a Felipe IV, 24/X/1652. El maestre de campo irlandés llegado a Madrid, un tal "Don Juan Patricio", solicitó, al menos, que el embajador español en Londres negociara con el Parlamento la tolerancia del catolicismo en Eire. Felipe IV accedió, siempre y cuando se tratase este punto una vez que Madrid y la nueva República inglesa hubiesen terminado de ajustar una liga, con vistas a no dificultarla.

49. AGS, E, leg. 2529, Memorial de Fray Francisco McGruairk. Sin fecha, pero de 1653.

del desastre de Irlanda resonaron en los oídos de las dos potencias católicas, Francia y España. Reunidos en los Pirineos el cardenal Mazarino y D. Luis de Haro para cerrar las paces entre París y Madrid, hasta aquel "congreso de Irún" habría de llegar la enésima petición de auxilio por parte de los católicos "de Irlanda y Gran Bretaña": la restauración Estuardo de aquel mismo año había entreabierto la puerta a unas esperanzas que, absortos en la firma de sus pergaminos, ni el Rey Católico ni el Cristianísimo tuvieron tiempo de satisfacer⁵⁰.

* * *

La sublevación irlandesa de 1641 sirvió para poner a prueba el tradicional imperialismo de los Habsburgo españoles y, sobre todo, para evidenciar la crisis del sistema. La incorporación de Irlanda a la Monarquía Hispánica no fue la cuestión principal de aquel episodio, pues Madrid nunca tuvo un interés real en llevarla a cabo. Desde Felipe II, cuando ya hubo proposiciones similares, era obvio que para los Habsburgo Irlanda era sólo una pieza más en el juego de las relaciones con Inglaterra. La novedad en los años 1640 fue, precisamente, la dificultad de Madrid para utilizar la rebelión irlandesa respecto a Londres. De hecho, la actitud española —lo que hemos denominado "intervencionismo contenido"— consistió en actuar siempre *a posteriori*, es decir, sin tomar nunca la iniciativa, para tratar de evitar conflictos tanto con el débil Carlos I como con el victorioso Parlamento. Esta preferencia por un poder protestante demostró también que el apoyo español al catolicismo en Irlanda era sólo un aspecto secundario de su política, si no retórico. De aquella isla pobre y marginal interesaban sobre todo sus soldados, y también en este campo la influencia francesa ganó terreno frente a Madrid. En 1666, al abrigo de las dificultades del gobierno de Londres a causa de su nueva guerra contra los holandeses, llegaron inquietantes rumores sobre lo que sucedía en Irlanda:

"El levantamiento que vuestra excelencia dice haber sucedido en Irlanda es con inteligencia de Francia, de quien es muy parcial el Primado de aquel Reino. Han ofrecido a la Reina Nuestra Señora (Mariana de Austria) el entregarse a su obediencia si les enviase socorro, y no habiéndose admitido su proposición, no extraña hayan acudido a la protección de Francia"⁵¹.

50. BNM, Ms. 2387, fols. 208-219v, "Protesta y súplica de los Cathólicos de Irlanda y de la Gran Bretaña al Eminentísimo Cardenal Iulio Mazarino y al Excelentísimo Señor Don Luis de Haro, Plenipotenciarios de los dos Reyes, Cathólico y Cristianísimo". Se trata de un memorial impreso en Sevilla en 1660 a instancias de la Compañía de Jesús. En él se solicita que se tenga en cuenta el cambio de régimen habido en Londres con vistas a mejorar la suerte de los católicos en suelo británico. No debe olvidarse que durante la fase final de las negociaciones franco-españolas, en 1659, el futuro Carlos II Estuardo se personó en Irún para intentar arrancar de Madrid y París la asistencia necesaria a fin de recuperar el trono que había perdido su padre. Véase, ROUTLEDGE, F.J.: *England and the Treaty of the Pyrennes*. Liverpool, 1953, *passim*.

51. AGS, EEH, Libro 479, D. Esteban de Gamarra al conde de Molina, La Haya, 18/VI/1666.

Una potencia relevaba a la otra. A la viuda de Felipe IV —a quien hubiese correspondido, tal vez, llevar sobre su cabeza la corona de Irlanda— le tocó en suerte, paradójicamente, contemplar la pérdida del viejo protectorado hispánico ejercido sobre aquella isla durante casi un siglo. Francia ahora, como antes Madrid, explotaría la fertilidad de sus habitantes con vistas a engrosar sus ejércitos de conquista, y aprendería, también, a transformar la tierra de Eire en la desguarnecida espalda de Inglaterra.

En definitiva, la actitud del gobierno de Felipe IV durante aquellos años es un claro exponente de la incapacidad de adaptación a las crecientes dificultades por las que atravesaba la política exterior de Madrid. Aquel período —el comprendido entre 1640 y 1665— exigía, ante la debacle del poder Habsburgo, reflexionar sobre la situación de debilidad y pobreza a la que se había llegado y plantearse, cuando menos, las posibles alternativas a una política tradicional que, al margen de la supuesta legitimidad de sus fines, no llevara a la Monarquía a situaciones tan arriesgadas como las que se vivían. Resulta curioso comprobar cómo los Habsburgo españoles fueron capaces de aplicar los medios políticos más descaradamente pragmáticos para, sin embargo, intentar obtener unos fines de dominación difícilmente alcanzables, por irreales y desmesurados. En este sentido, la renuncia a Irlanda no debe llevarnos a engaño. Ciertamente, la decisión de no incorporar aquel reino a la Monarquía fue un acto pragmático y del más elemental sentido común. Pero el objetivo de este rechazo era asegurar la amistad de Inglaterra para imponer en el continente los objetivos de siempre: retener Flandes, neutralizar a Holanda, vencer a Francia, recuperar Cataluña y Portugal, dominar en Italia. Aquella cadena de ambiciones fue la tumba del poder Habsburgo. Porque se trataba, una vez más, de recomponer el viejo cuadro de una idealizada (más que real) hegemonía española, y de mantener a raya, con el pretexto de "defender" lo conquistado y heredado, a cualquier otro poder que osara desplegar una política juzgada excesivamente autónoma respecto a los intereses de Madrid. Tales fines, ya anacrónicos y contrarios a las fuerzas reales de la Monarquía, anularon la eficacia de los medios utilizados.

Los cambios mentales son siempre lentos. Una de las causas de la decadencia española del siglo XVII fue la incapacidad de Madrid para crear alternativas ante los nuevos desafíos de la época. Los mecanismos que hicieron de la tradición Habsburgo un factor de bloqueo tan decisivo no son bien conocidos todavía. Con todo, no parece descabellado afirmar que el espejismo del poder hispánico nació tanto de la autoestima de los propios españoles como de la percepción que los restantes europeos tenían de ellos, tal y como evidencian los temores de Londres y París respecto a Madrid o, mejor aún, el sueño de algunos irlandeses de hallar cobijo en la Corona del *todopoderoso* Rey Católico: sería necesario que se produjera la ruina de la Monarquía Hispánica para que se convencieran de que ésta ya no representaba una amenaza. En cualquier caso, la reacción de los Austrias españoles llegó muy tarde, cuando el daño sufrido por el sistema imperial era ya irreversible. En este sentido, la renuncia a Irlanda en 1647 fue sólo el primer peldaño de una larga y penosa escalera que la Monarquía Católica debía descender en su futuro inmediato, y esta vez para siempre. Esparcidas, en el Mar de Irlanda,

quedaron las cenizas de aquella historia acerca de un rey español que no quiso ceñir más coronas de las que había heredado, convencido, al fin, de que su pasada grandeza había engendrado su menguante pequeñez. Demasiados reinos nunca hicieron mejores monarquías.